



“LAS CLAVES DE TRILBY”

MIGUEL HERRAEZ

«Volez les anges!»
P. Fort

SERÍA más sencillo empezar diciendo que los arañazos en el dintel estaban ahí y que la nutria estaba ahí, que no hay nada que excuse lo evidente, y que eso sólo son dos piezas más del verdadero puzzle que es todo el gran puzzle cuyo final ignoro en este absurdo hacer y deshacer con una facilidad de algodón y sorpresas, de hallazgos inesperados y silencios interrumpidos y órdenes turbados. Porque las huellas de las uñas sobre la madera del dintel es casi lo mismo que descubrir a la pobre Meyer (nunca sabré por qué le puse por nombre Meyer), igual de doloroso, de triste certidumbre saber que alguien vaga por la casa, la forma angustiosa en que te sobresaltas y piensas que en el sueño algo te ha rozado la mejilla (quizás el ala de un colibrí), pero enseguida comprobabas que no sólo es en la almohada y en la mano, sino incluso en

el pijama y en el labio, y enciendes la lamparilla y vibra la lamparilla en la litografía de Cézanne y bruscamente se intuye una sensación de movimiento afelpado, de presencia robada hace unos cuantos segundos mezclada con la sangre que entonces me resbala hasta el cuello, y no hay ala de colibrí, sino sangre salpicada que se hila con rapidez por toda la mejilla y escozor. Lo mismo que el teléfono. Usted no sabe lo que es oír esa respiración. Uno quisiera tener el suficiente valor para desmontar lo justo y marcharse, pero usted también sabe que los años no perdonan y que con lentitud se han ido espumando de tanto hábito de conformismo y mucha desconfianza de fuera en un pesado lastre de monótona placidez y firme escepticismo, y comienza a resultar más cómodo esquivar el sufrimiento que reiniciar la vida más allá de estos saucos llorones y estas fotografías. Esa es la razón, y no otra, por lo que se lo digo, debido a que conoce estas cosas y porque esta misma mañana he hallado a la pobre Me-

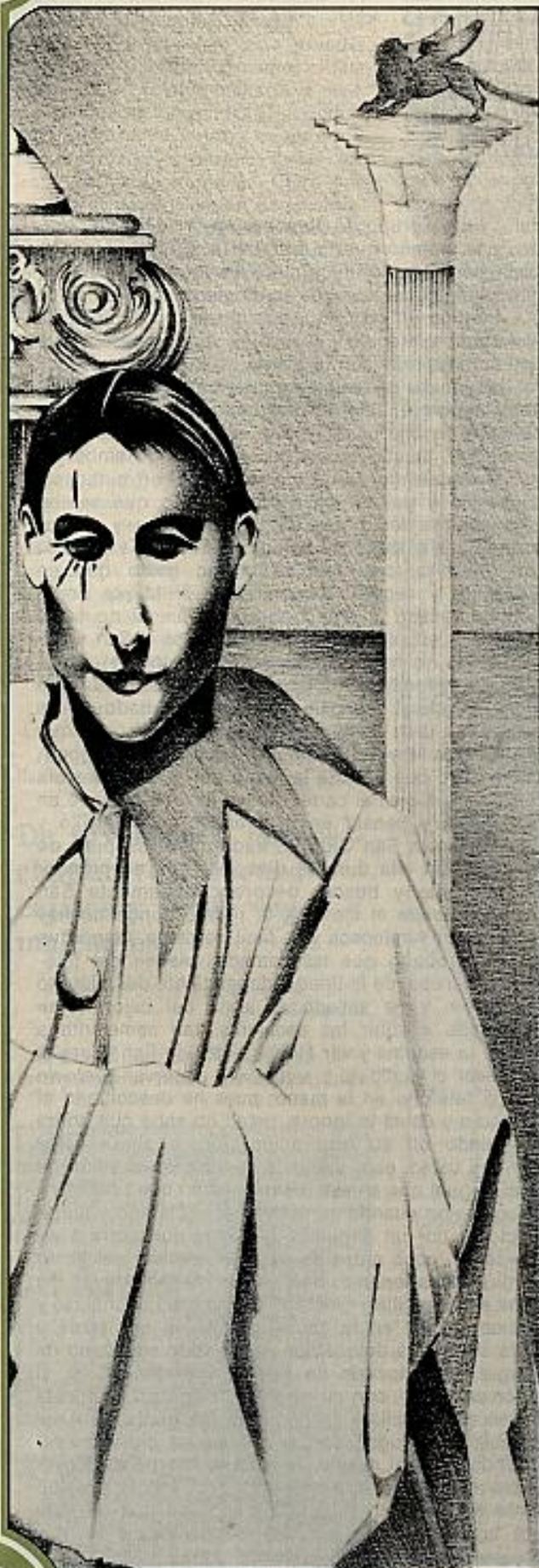
“LAS CLAVES DE TRILBY”

yer dulcemente desnucada sobre el teclado del piano.

Lo que le conté de Venecia es cierto, nada hay de ficción, ni siquiera cuando el clown sacó el revólver de dentro del gorro verde y se lo apretó contra el corazón y disparó ante las sonrisas primeras de los espectadores y los murmullos que siguieron a las sonrisas, apenas le salió eso por la boca que tantos desmayos produjo entre el público, y es porque nadie podía creer que ese clown que horas antes se anunciaba por la zona de Sanzio sembrando las carcajadas con su pantomima atropellada pudiera haberse pegado un tiro como culminación de su acto en el teatrúcho de San Giorgio, donde entré movido por ese hermoso tedio con que se llena Venecia en los atardeceres de verano. A veces llevo a dudar si realmente conoce Venecia, pero puedo asegurarle que Venecia se presta a estos juegos, quizá porque a partir de las 10 de la noche no queda gente en las callejuelas y resulta agradable perderse por Verdi y reaparecer en Cavour y en el cafetín Florián que aún a esas horas hace sonar su piano y sus violines como el último broche de su antigua decadencia. Se presta a estos juegos de equívocos y alguien que ya has visto y vuelves a ver en la siguiente esquina y en el siguiente puente, alguien que disimula frente a un escaparate de Victor Manuel III y en Dabaglio prende un cigarrillo mirando el canal, se presta a certezas y temores confirmados y clowns que sacan un revólver y se encañonan, aunque al poco se levanten ante la carcajada general que sólo es un signo de hipocresía común ideado precisamente para cubrir el vacío simulado de la muerte, una manera de demorar los segundos en que el clown permanece en el suelo mientras le asoma ese líquido por la boca y la platea se transforma seguidamente en murmullos dando paso a algún desmayo, pues al clown le sale eso de la boca y eso no es más que la vida. Por ello se lo digo, porque lo de Meyer es el principio del final, y lo de la mejilla el primer síntoma de que falta menos, y usted debe de haber experimentado lo mismo tantas veces, en tantas ocasiones debe de haber vivido ese delicado instante en que se está más cerca del otro lado que del ala del colibrí, del hastío que provoca repetir la mímica de las caídas premeditadas, tan parecido a los cactus, eso que nunca muere, que sobrevive incluso a los ritos. Le aseguro que cada tarde es más penoso advertirlo, descubrir las claves que me tiende, aunque después de lo que le ha ocurrido a Meyer no sé si ello es lo más angustiioso o el adivinar restos de pintura en el abrecartas que desapareció la semana pasada y que ha vuelto a aparecer entre las toallas celestes de la cómoda. Si me hubiera visto, encorvado y con la lupa. Me pasó todo el día examinando las motas de pintura, oliéndolas y comparando su color con la gama de maquillales que conservo de cuando el Knox. Porque todavía conservo lo del Knox y el recuerdo. Por fortuna no me han abandonado

en estos meses desafortunados los momentos en que el Knox ocupaba todas las horas, aun el momento en que el agente del Knox me despidió por lo de Meyer, los momentos impregnados del perfume de los ramos de tulipanes que recibía al final de cada función. Yo podía embadurnarme la cara felizmente en el camerino, aunque minutos antes hubiera estado ayudando a instalar la carpa y las jaulas apestosas de las fieras bajo una abundante lluvia, aunque todavía tuviera el cabello húmedo y los pies húmedos y el deseo incontenible de salir a escena y caerme en esa caída tan ensayada y repetida a lo largo de estaciones y ciudades, podía deslizar el lápiz de carbón vegetal por las cejas y la barra de carmín por los labios, dar fucsia en los pómulos y calzarme los zapatones y los guantes blancos, porque uno no ignoraba a qué se enfrentaba, cuál era el motivo de la caída y de que usted nos mirara, uno





con el tiempo y la rutina había aprendido a localizar la presencia ilocalizable del público hundida en la oscuridad, pero no esta continua impresión de ser observado cuando duermo y me roza la mejilla el ala sutilísima de un colibrí, de ser vigilado si dan la noticia como siempre de la matanza de cetáceos en el mar del Norte y aplasto el cigarrillo contra la taza de café vacía y entonces es el teléfono, entonces de nuevo la historia de la respiración y el ruido del piso de arriba, de nuevo querer desmontar lo justo y marcharme, pero la impotencia y los sauces llorones que le dije.

Le aseguro que no invento, que lo que le digo no es inventado. La otra mañana salí a comprar paquetes de sopa (consumo doce o catorce a la semana) y vino (consumo tres o cuatro botellas a la semana), y al regresar intenté abrir la puerta con la llave, y no lo conseguí. Habían cerrado por dentro. Tuve que entrar, apoyándome en la valla, por la ventana, y al hacerlo se enganchó la cortina en mi zapato y se rasgó por la cenefa central. Pero no fue eso únicamente, sino que los cartelones y las fotografías que tengo enmarcados habían sido cambiados de su lugar. La que estoy con Rivel (que tenía colocada al otro extremo del salón del piso de arriba) había sido trastocada a la campana de la chimenea de abajo, donde debía estar el cartel anunciador de la temporada del Knox en Viena; la fotografía que tengo con Meyer en los hombros aparecía en la salita amarilla, cuando su sitio era el zaguán. Y los relojes: habían sido modificados de su horario real, entre las cinco y las seis. Créame que es desesperante, pues meses atrás aún tenía a Meyer, meses atrás aún tenía la satisfacción de ver cómo saltaba Meyer en el sofá y me despertaba con sus lametazos.

Quizá debía de haberle contado cómo y por qué compré a Meyer, como salí del hotel aquella tarde con la intención de pasear por Slesvig (Slesvig es un parque de viejos madroños y ardillas que bajan hasta las bancas de madera), de caminar un rato hasta la función de noche, y en el Holstein vi el escaparate y la nutria. Era invierno y en Copenhague (el Knox durante los inviernos siempre trabaja en Copenhague). Andaba preocupado desde hacía tiempo porque sabía que mis caídas ya no producían en el público el mismo efecto reconfortante ni los mismos aplausos. En Brugge, trazada en la gira y previa a Copenhague, nadie había aplaudido. Por eso al entrar en la tienda del Holstein no dudé al ver el hocico de la nutria apretado contra el vidrio del escaparate. Renuncié al Slesvig, la compré y en el hotel la metí en la bañera. Desde entonces Meyer formó parte de mis números. Le enseñé a que cayera conmigo, a que no se asustara por el sonido de la detonación (la primera ocasión en que practicamos las caídas corrió y se sumergió en la bañera). le mostré que no estaba muerto, que sólo era una representación, que no se levantara y me lamiera, sólo un engaño, Meyer, «¿lo ves», y me

«LAS CLAVES DE TRILBY»

dejaba caer, pero ella movía la cabeza y se llegaba hasta mi cara y me lamía, y al poco yo abría un ojo, el otro, sacaba la lengua, le soplabla, y Meyer saltaba al sofá y voceaba y me mordía la mano. Tendría que haberla visto comer peces en el plato, sobre la mesa. Si hubiera conocido a Meyer no lo habría hecho. Y cuando se rompió la pierna, pobre Meyer. La culpa fue mía. Habíamos ensayado un nuevo número fuera del nuestro de las caídas consistente en dar una voltereta en vez de caerme, pero Meyer debió de interpretar que iba a caerme como era habitual, y se tumbó, se situó justamente donde finalizaba mi volatin, y el peso de mi cuerpo le golpeó en la pierna izquierda. Pobre Meyer, cómo se retorció, cómo huyó hacia el foro de salida, chillando de dolor como sólo saben hacerlo las nutrias, y cómo volvió cojeando hacia mí con una especie de ruego en su mirada para que no le riñera por estropear el número. El público rela y señalaba a Meyer. Me agaché y la abracé. Le palpé la pierna. La gente continuaba riendo y un hombre con chaqueta a cuadros gritó algo y todos se rieron más. Les insulté, maldije a cada uno de ellos. Cuando crucé con Meyer en brazos los bastidores, el encargado del Knox (un tipo grueso y sudoroso que fumaba puros y que iba tras de mí porque Meyer le había destrozado un sombrero de paja) me dijo que quedaba despedido; le di un empujón y cayó sobre el chimpancé de Petra, y sin dejar que se incorporara le dije que lo celebraría con Château Noir esa misma noche. En el hotel le entablillé la pierna y a las semanas sanó. A partir de entonces Meyer y yo actuamos en solitario. Fue mucho menos enojoso y más cómodo. Cumplamos ofertas en teatros de segunda clase, recorriamos ciudades tapadas por bosques, y vivíamos en hoteles donde las bañeras estaban sucias y desconchadas y las alfombras tan usadas que dejaban de ser alfombras, hoteles donde las sábanas eran de color ocre y las almohadas oían a polvo y por las ventanas entraban anuncios parpadenates durante toda la noche. Pero nunca más hicimos aquella variación del número que le costó a Meyer la fractura y a mí el sustancioso contrato con la Knox y los ramos de tulipanes.

Todo fue bien, todo marchó bien hasta que usted nos vio en aquel teatro de San Giorgio, aquel teatro oscuro al que entré empujado por la curiosidad y un poco quizá porque acababa de salir de la fiebre que lo había retenido en cama varios días y porque Meyer se le acercó y le rozó la mano con el hocico en su silla del Florián mientras yo daba volteretas cercado por turistas ingleses, mientras la gente leía el cartel de mi espalda, y Meyer se le acercó (¿por qué se le acercó Meyer, por qué?), le rozó con el hocico la mano, y usted pensó dónde estaría el teatro de San Giorgio, y yo llamé a Meyer, y Meyer vino y nos enfilamos por la calle que conduce a la Accademia. Todo fue bien hasta que usted encontró San Giorgio prácticamente volcado sobre el ca-

nal y vio un grupo de personas en la puerta del teatro, y le extrañó que la entrada fuese gratis, que la confusión fuera lo único claro en aquel vestíbulo de direcciones confusas que se dirigían a muchos sitios y a ninguno en concreto, que fuese una perspectiva blanda de terciopelo y cortinaje y olor a mohó, y que antes de toparse con la platea no hubiera indicadores luminosos ni recipientes para apagar cigarrillos como hubiese sido lo esperado, sólo un pasillo estrecho cubierto de nieve de corcho y mucha oscuridad, mucho trasfondo sutil que sin embargo, fue amaneciendo de un modo gradual en butacas y proscenio y palcos vacíos, un mundo que se iba velando con los tintes de la delicadeza y de las formas gastadas por el tiempo, y se sentó y prendió un cigarrillo (casi con el mismo gesto que en Dabaglio) y esperó. Posiblemente si Meyer no le hubiera rozado la mano en el Florián, si no se le hubiera acercado, usted no habría ido a San Giorgio, quizá no hubiese levantado los ojos del periódico y simplemente hubiera cogido la taza y hubiese visto un clown con un cartel enganchado en la espalda y una nutria detrás de él, pero tuvo que acercársele Meyer y rozarle, y usted tuvo que acariciarla, tuvo que pasarle la mano por la cabeza en la terraza, fijarse en el cartel que yo llevaba colgado en la espalda y pensar en ir, prender un cigarrillo y llegar hasta San Giorgio, nada mejor después de la fiebre tan alta durante días, por qué no prender un cigarrillo y buscar despreocupadamente San Giorgio, donde el clown y la nutria, donde no hay indicadores luminosos y es fácil perderse, luego que he comprobado que las llamadas vienen del teléfono de arriba, de la línea independiente del teléfono de arriba, y he sacado el arma del cajón y he empezado a subir las escaleras, tan semejante a doblar la esquina y ver allá el teatro de San Giorgio, atravesar el vestíbulo y sentarse y observar el clown con el teléfono en la mano, pues he descolgado el de abajo y usted lo ignora, usted no sabe que ahora no puedo oír su respiración porque ahora estoy frente a usted, esoy viéndole sentado en el sillón de cuero, igual que en ese breve espacio que precede a la actuación cuando se ilumina el escenario y surge el clown por un ángulo y la nutria que corre a su alrededor, poco antes de sacar el revólver del gorro verde y encañonarse, poco antes de que Meyer me lama en la mejilla y sienta el escozor del cuchillazo y me sobresalte en la cama cuando ya sea tarde y haya sonado la detonación y esté todo salpicado de sangre, todo tocado de sangre y evidencia, en el sillón de cuero, con mi cara de clown descompuesta y con el maquillaje corrido y la fotografía de Rivel cambiada de lugar, con el público en pie y descubriéndome a mí mismo dejando el cuerpo de Meyer sobre el teclado, casi coincidiendo con la presión lenta del dedo en el gatillo y con eso que me sale por la boca que no es más que la vida. ■ M. H. (Ilustraciones de Fuencisla del Amo).